

Homenaje a
DOMINGO
RIVERO

-1.09

TAGORO

EDICION LIMITADA, FUERA DE COMERCIO, CON
DESTINO A LOS SUSCRIPTORES DE ESTA COLECCION

16

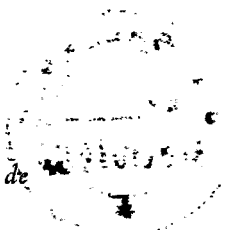
TAGORO

APARTADO 949

LAS PALMAS DE G. CANARIA

HOMENAJE A DOMINGO RIVERO

*Colección al cuidado de
Fernando Ramírez y
Lázaro Santana.
Depósito legal: G. C.
Tagoro.
Apartado N.º 949.
Las Palmas de Gran Canaria.*

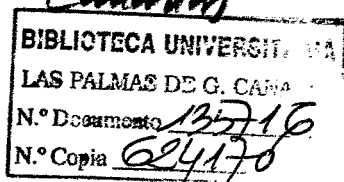


JL9 12.041



Homenaje a DOMINGO RIVERO

Canarian



TAGORO



recogiendo con amor azoriniano lo cotidiano, lo pequeño, al recordar al *viejo barbero* que se regocija al hallar entre el mar de espumas blancas del cabello del maestro, una hebra negra todavía,

*pensando que antaño sus blancas hermanas
—[mentira parecel— también fueron negras.*

El momento más inspirado de Rivero es, sin duda, el del conocido soneto *Yo, a mi cuerpo* que apareció en la revista madrileña *La Pluma*, y en varias publicaciones insulares:

*¿Por qué no te he de amar, cuerpo en que vivo?
¿Por qué con humildad no he de quererte,
si en ti fui niño y joven, y en ti arriba,
viejo, a las tristes playas de la muerte?...*

Esta poesía es una briosa expresión en verso de la ideología archiespañola, de la idealización de nuestra carne y nuestra vida, del amor a esta «pobre materia», plasmado en las figuras vivas de la *Celestina* y *Don Quijote*, que en el ilustre don Miguel de Unamuno ha tenido su teorizante, y que ha ofrecido a los lectores de toda Europa el Conde de Keyserling. Fondo semítico, quizá, que el pueblo hebreo, en su hambre de vida de cuerpo, expresó en el dogma de la Resurrección de la Carne, y que el cristianismo unió a la concepción platónica de la vida eterna del espíritu. Emoción varonil y sincera, es el grito desesperado de llamada a la inmortalidad, que anima las creaciones del Unamuno pensador: *Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del cristianismo*:

*...¿Qué seré el día
que tú dejes de ser?...*

La exaltación del cuerpo hace pensar en el aliento vivo del realismo de Velázquez. Al gran pintor, con recuerdos del poema seco, cortado, pero emocional, ideológico, castellano, de Unamuno, volvemos la vista; al Velázquez que plasmó en su Cristo único la idealización, la divinización de la carne, en cuyos hombros nuestra tierra ha hecho suya «su cruz», su «parte en el dolor humano», y ante el cual ofrece su modesta, pero viva y sangrante parte de humanidad y arte, el poeta del soneto. Unamunesco es también el Don Quijote de otro soneto de Rivero —en octosílabos— que «puso en su lanza una estrella», la estrella, sin duda, que señalará la tumba del hidalgo bueno que se interpreta en la glosa creadora de la *Vida de Don Quijote y Sancho*.

Rivero, maestro de las generaciones canarias modernas, está en el terreno hondamente isleño, aislado, íntimo, y no en el del predominio cosmopolita, tan importante en Tomás Morales y que actualmente policromó las primicias del joven Agustín Miranda (en la halagüeña senda de Gerardo Diego, Lorca, Alberti), y el primer libro importante de prosa actual isleña de Agustín Espinosa. Lentini fue en el siglo XIX el precursor más remoto del cosmopolitismo. Pero la intimidad de Rivero, como la tristeza del aislamiento unida al paisaje en Tabares Barlett o el mar lírico de Julián Torón (precursor del de Saulo) señalan las notas diferenciales y hondas de la gran escuela canaria de principios del siglo XX.

ANGEL VALBUENA PRAT

De *Historia de la poesía Canaria*, Barcelona, 1937.

NOTICIA DE DOMINGO RIVERO

DOMINGO Rivero González es el nombre oscuro de un poeta canario nacido en Arucas (Gran Canaria), en 1852, y muerto en Las Palmas, en 1929. Poco conocidos los detalles de su vida —no gustaba él hablar de sí mismo— mencionaremos como someras referencias sus años de bachillerato en el colegio de San Agustín (Las Palmas, 1864-1868); su estancia aventurera en París y Londres (1870-1873); la conclusión de sus estudios de Derecho en la Universidad de Sevilla, y su regreso y definitivo afincamiento en Las Palmas, en cuya Audiencia obtiene plaza de Relator (1886) y posteriormente de Secretario, permaneciendo adscrito a este cargo hasta la fecha de su jubilación.

La inclinación poética se manifiesta en Domingo Rivero desde muy temprano. La familia del poeta conserva algunas traducciones castellanas de poemas de Shakespeare, Byron y de otros líricos ingleses, hechas por él en la época de su viaje a Inglaterra. La ausencia de labor original juvenil se debe, probablemente, al severo espíritu de autocrítica que siempre le animó y que le haría desechar como inmaduras sus composiciones en dicho tiempo. No debe descartarse, por otra parte, la existencia de tal labor y que su conservación nos sea desconocida. De cualquier manera, es en sus años maduros cuando creemos logra escribir sus poemas mejores. Y, desde luego, a esos años pertenecen todos los trascendidos a la publicidad. Que no son muy numerosos, pues igual que a su vida mante-

nía él en pudoroso recato a su obra. Léalos a sus parientes y amigos íntimos, pero se resistía a que fueran impresos. Sólo tras numerosos ruegos accedía a una publicación esporádica en la prensa de Las Palmas (1). Pero, con todo, una parte ¿considerable? de su obra permanece aún inédita e inaccesible en manos de los herederos del poeta. Estos, fieles, al parecer, a la voluntad de Rivero, han rechazado hasta ahora todos los proyectos conducentes a que se de a la estampa sus poesías completas.

Tal actitud de ocultamiento por parte de Rivero, se debe, según creo, a la duda exacerbada que éste tenía acerca del mérito de su obra, y a las circunstancias ambientales en que dicha obra se fraguó. (No tomamos en consideración, por parecernos poco convincente, el pretexto aducido siempre por él: su terror patológico a las erratas de imprenta).

Fue aquélla una época de pródigo y juvenil florecimiento de la lírica en Canarias. A Rivero, viejo y aparentemente acabado, debió hacersele patente —no sin dolor— su condición de intruso en medio del entusiasmo casi adolescente de Alonso Quesada, Saulo Torón, Tomás Morales y algunos otros. Mantuvo su quehacer al margen de el de estos poetas a los que, no obstante, le unía estrecha amistad, y por los que sentía admiración. Más aún contribuyó a su marginamiento el que su obra no sintonizara con la predominante entonces: el rezagado modernismo mitológico y vacuo de Morales, a cuyo lado, incluso el trabajo de Alonso Quesada, muy superior al de Morales y al del mismo Rivero, quedaba oscurecido. Hoy podemos advertir no poca influencia del autor de la *Oda al Atlántico* en los versos de Rivero. Mas, por fortuna, esta influencia no trasciende de cierto amaneramiento externo que da a esos versos un tono modernista que no se corresponde con su denso conceptismo.

Los poemas de Rivero están dentro de una línea reflexiva semejante a la que predomina en la lírica inglesa y que en la nuestra es de difícil hallazgo. Ello no debe extrañarnos si tenemos presente que el temprano —y seguramente profundo— conocimiento que el poeta tuvo de aquella lírica debió dejar en él una huella notable. Y aunque no es esta ocasión de analizar el alcance de esa influencia, sí es oportuno relacionarla con la afinidad que algunos críticos (2) hallan entre la obra de Rivero y la de Unamuno, sugiriendo una influencia de éste en aquél. Sin negar totalmente que dicha influencia exista, parece a mí que, dada la cronología de ambas obras (3) sería más acertado buscar el nexo que las une en su común ascendencia inglesa.

Rivero toma para desarrollar en sus composiciones asuntos que son privativos de la poesía intimista. En primer término, su propia personalidad, los diversos estados de su espíritu, su experiencia, con predominio de las vivencias juveniles. Atiende luego a sus afectos más cercanos: sus hijos, sus amigos o los simples objetos que le rodean. En estos poemas el sentimiento está fuertemente marcado; pero la actitud serena del poeta atempera y hace sobria su expresión, evitándole caer en el blando sentimentalismo peculiar de poetas posteriores a él y en cuya obra influye.

Este sentimiento a que aludimos tiene una clara atmósfera romántica que no contradice el carácter reflexivo —que ya apuntamos— de sus versos; por el contrario, lo completa. Pues no es el romanticismo desenfrenado, palabrero e irresponsable de Espronceda o Zorrilla con el que tiene parentesco Rivero; sus poemas participan del ámbito serio, fino y contenido del de Bécquer, único poeta de aquella tendencia literaria cuya obra persiste y se mantiene viva en la poesía española de hoy sin perder nada de su frescura original.

En dos de los poemas incluidos en la selección que sigue, *De la ermita perdida* y *El humilde sendero*, tendrá el lector ocasión de comprobar lo que decimos respecto al matiz romántico del sentimiento de Rivero; y advertirá, incluso, en su expresión, algunas notas que son características en la obra del poeta sevillano: hiperbatones sencillos, *del campo en el retiro, de la fama el estruendo*; primeras estrofas donde el poeta relata un acontecimiento natural observado por él, *la ermita en ruinas* o *el sendero borrado*, para afirmar luego, o desear en forma invocativa, la manifestación en un plano personal de aquel hecho; forma de composición en la que alternan versos endecasílabos y heptasílabos... A estos dos poemas de Rivero les falta la maravillosa concreción de los mejores de Bécquer. Pero tienen algo de su mágico efluvio envolvente que nos hace vibrar con la leve insinuación de su contacto.

Un segundo apartado podría hacerse con poemas de tipo objetivo como *Don Quijote*, *El hidroavión*, *El monte* o *El muelle viejo*. Mas todos estos —a excepción del último— son de escaso interés, mencionándolos aquí sólo a título de información complementaria.

Domingo Rivero (*figura alta y erguida, delgada; impecablemente ataviado de negro, un breve lazo al cuello, mariposa de luto sobre la nieve crujiente de la camisa; sombrero de ala corta penumbrándole los ojos —allí quizá un punto de tristeza—; el bastón balanceándose en sus dedos finos y transparentes; y sujetándolo todo, el nervio de una voluntad persistente y de un espíritu sin doma*), no fue un poeta de excepción, ni como tal queremos presentarlo. Escrita con lenguaje poco flexible, restringido, y casi siempre dentro de formas rígidas, su obra conocida tiene ese aire de frustración y titubeo que le es tan característico. No escasa parte de esta obra fue construida sobre temas ocasionales, suscitando su lectura actual un interés

puramente histórico. Inseguro y desorientado, Rivero no supo cultivar su oficio de poeta, ni sacar partido de las innegables disposiciones que para el mismo tenía. Así, raramente alcanzó la perfección. Pero fruto de ese raro encuentro son algunos de los poemas que hemos seleccionado para esta antología. Y hemos de convenir que por ellos merece Rivero la deferencia de que nos fijemos en su obra y de que su nombre se recuerde con estima.

LAZARO SANTANA

- (1) *Las más significativas de estas composiciones fueron reproducidas en revistas de vasto prestigio nacional en la época: La Pluma, Alfar, etc. Posteriormente han sido difundidas en ABC, Caracola, Poesía Española y principalmente en El Diario de Las Palmas, en cuya página literaria Cartel de las letras y las artes se han dado a conocer poemas como Silla de junto al lecho, Túnel sombrío, La nave y El faro, que permanecían inéditos.*
- (2) *Valbuena Prat y Ventura Doreste.*

- (3) *Unamuno y Rivero son poetas de florecimiento tardío, aunque en uno y en otro haya que suponer la existencia de una obra anterior, destruida. Poesías, primer libro de versos de Unamuno, y El gesto, soneto en el que están presentes todas las características —virtudes y defectos— de Rivero, son casi contemporáneos. Ciertamente que Unamuno había publicado versos con anterioridad en alguna revista; pero nos parece poco probable que Rivero conociera todos o gran parte de ellos. Por otro lado, Rivero cuenta en aquella fecha —1907— más de cincuenta años; y se nos hace difícil suponer que a tal edad se sea permeable a una influencia profunda y continuada. Ya hemos indicado que la que Tomás Morales ejerce, por la misma fecha, no pasa de ser muy superficial. Y eso que ambos poetas convivían, siendo Morales entusiásticamente admirado por Rivero —como lo era por todos los poetas canarios de su tiempo, a los que cautivara no sólo el brillo de su obra sino el de su encanto personal.*

DOMINGO RIVERO

ANTOLOGIA

A mi viejo barbero.

Cuando en el bosque de mis crespas canas
ves una hebra oscura, buen viejo, te alegras,
pensando que antaño sus blancas hermanas
- ¡mentira parece! - también fueron negras.

A manos más ágiles, la tuya prefiero
que en días felices me afeitaba el boro;
y a charla moderna, tu hablar de barbero
antiguo que evoca mis tiempos de moro.

Me vida conocen tus viejas tijeras
que entre mis cabellos - ¡hace tantos años! -
cuando aun eran negros cortaban quimeras,
y hoy entre mis canas cortan desengaños -

Mayo 1920

S Rivero

DE LA ERMITA PERDIDA

DE la ermita perdida
en la falda del monte solitario,
imagen de mi vida,
entre ruinas se eleva el campanario.

Mi vida fracasó; desvanecidos
contemplé mis anhelos; y mis hombros
siento que ya vacilan, doloridos
de sostener escombros.

Pero en mi pecho se conserva, sana
como en mi fuerte juventud lejana
la recóndita fibra
donde, cual entre ruinas la campana,
el ideal aún vibra.

EL GESTO

HAY en mis venas sangre de aquellos labradores
de mano encallecida, que en lo alto de la sierra,
mientras en pie estuvieron, tenaces sembradores,
semillas generosas lanzaron a la tierra.

Al tráfico del llano me condenó el destino;
pero mi recia cuna cual arca me salvó:
aquel lejano gesto me señaló el camino
y aquel soñar espigas en mí se idealizó.

Y pobre y solo cruzo el polvoviento llano,
sintiendo que me guía del sembrador la mano.
Su fe, desde la cumbre de puros manantiales,
desciende a mí, y me hace para el dolor más fuerte.
Y pobre y solo espero el sueño de la muerte,
llenando mi almohada de espigas ideales.

TUNEL SOMBRIO

TUNEL de mi dolor, senda escondida:
te empecé a recorrer cuando era fuerte
y viejo me aproximo a tu salida.
Lo andado entre tus sombras es mi vida,
y el llegar a la luz será mi muerte,

EL FARO

CON las olas luchando y con el viento
ganar la playa al fin logra el navío
si ve a través del huracán violento
la luz de un faro sobre el mar sombrío.

Así el hombre que arrastra el sufrimiento
en su corriente, cual la rama el río,
acaso en otra luz, guía y aliento
encuentre al borde del abismo frío.

La ley divina del dolor humano
es inmutable, y su rigor en vano
tratarás de burlar, loco o impío.

Contra Dios nada ha de poder tu mano.
Sólo pido que en tu pecho, hermano,
arda la fe que se apagó en el mío.

MI VIEJO BARBERO

CUANDO en el bosque de mis crespas canas ves una hebra oscura, buen viejo, te alegras pensando que antaño sus blancas hermanas —¡mentira parece!— también fueron negras.

A manos más ágiles la tuya prefiero que en días felices me afeitaba el bozo; y, a charla moderna, tu hablar de barbero antiguo que evoca mis tiempos de mozo.

Mi vida conocen tus viejas tijeras que entre mis cabellos —¡hace tantos años!— cuando aún eran negros cortaban quimeras, y hoy, entre mis canas, cortan desengaños.

SALVOCHEA

YO conocí en París, en el año setenta,
a Fermín Salvochea, entonces emigrado.
Allí, siendo apacible, forjaba la tormenta:
de sus ideas fue apóstol y soldado.

Gastó en luchar, sereno, su vida turbulenta;
su frente ungió el presidio y al fin murió olvidado.
En medio de esta España sumisa y soñolienta
a mi memoria vuelve surgiendo del pasado.

Y acusarnos parece su fe republicana
que generoso amor por los humildes era;
y el alma entumecida mira ondear, lejana,

la señal redentora de su roja bandera
que un día vió la hambrienta campiña jerezana
flotar como en el viento la llama de una hoguera.

A LA MEMORIA DE LUIS MILLARES

DISTINTA fue de nuestros pies la huella;
la suerte separó nuestros senderos;
fuimos —mirando hacia la misma estrella—
en la ruta lejanos compañeros.

Pero a la tuya se juntó mi senda,
a veces, y en el cálido arenal
descanso hallamos en la misma tienda
y bebimos del mismo manantial.

Y hoy que tu frente, por la muerte herida,
abates sobre el llano polvoriento
en que aún camina mi vejez rendida,

nuestra amistad evoco, y en mi acento
tiembla el recuerdo, que deshoja el viento,
de las horas más nobles de mi vida.

A TOMAS MORALES

APOLO te conserve la fuerza y el reposo,
nieto de labradores, que en tus estrofas juntas
el pulso del yuguero y el ritmo poderoso
con que en el campo avanzan las sosegadas yuntas.

Por ti surgiendo van, en amplios medallones,
los viejos campesinos de continente austero
y trajes que dejaban holgar los corazones
tejidos toscamente en el telar casero.

Allá, entre sus montañas, cumplieron su destino;
profunda fue su huella y corto su camino...
Tu pluma los evoca junto a una fuente clara
con que regar solían en lo alto de la sierra.
Y, atávica, tu mano en vez de escribir, ara,
trazando sus figuras sobre la misma tierra.

EL MUELLE VIEJO

CUANDO el sol de la tarde sus rayos amortigua
y el muelle en sombra deja sus pálidos reflejos,
por las aceras toscas de la explanada antigua,
siguiendo su costumbre, van llegando los viejos.

Desde ese muelle —anhelo de tres generaciones—
en otros tiempos vieron, sobre la azul llanura,
cruzar las blancas velas de las embarcaciones
como un presagio humilde de la ciudad futura.

Y hoy, desde el viejo muelle, silencioso y desierto,
miran con turbios ojos salir del nuevo puerto
para Marsella, Londres, Hamburgo o Liverpool,
en vez de los pequeños veleros de otros días,
vapores poderosos que exportan mercancías
y manchan de humo negro el horizonte azul.

LA NAUVE

HACIA la raya en que el redondo cielo
parece unirse al mar en lontananza
tiende la nave audaz su blanco vuelo;
mas, a medida que en el mar avanza,

se va alejando ante su proa el velo
del horizonte, que jamás alcanza
—símbolo a un tiempo del humano anhelo
y del largo volar de la esperanza!—

Llega a puerto la nave... Lo mezquino
podrá el hombre alcanzar sobre la tierra
si logra abrir a su ambición camino.

Pero lo que engrandece su destino
es el duro luchar en esta guerra
en que el alma persigue lo divino.

INVIERNO

A Saulo Torón

LLUEVE y los turbios barrancos
manchan del mar en la orilla
su manto de flecos blancos.
Mas, cuando luego el sol brilla
en la mañana serena,
al disiparse la bruma,
de nuevo sobre la arena
blanquea el fleco de espuma.

Lo turbio, en el mar, va al fondo.
¡Quién pudiera así en lo hondo
del corazón dolorido,
poner sobre la impureza
del mal —que al cabo es tristeza—
el manto azul del olvido!
Pero mi vejez sombría
no verá ya a sus riberas
llegar, blancas cual un día,
las olas como quimeras.

¡Tú así las ves todavía!



SILLA DE JUNTO AL LECHO

SILLA de junto al lecho que la figura adquieres
de mis cansados hombros al sostener mi traje;
sostén de mi fatiga pareceme que eres:
tú me hablas en silencio; yo entiendo tu lenguaje.

La lámpara agoniza y tu piedad escucha
entre la ropa aún tibia el palpitar del pecho.
Yo pienso que mañana ha de volver la lucha
cuando de ti recoja mi traje junto al lecho.

Y en la callada noche, humilde silla amiga,
cuando de ti pendiente parece mi fatiga,
siento crecer la fuerte virtud de la paciencia

mirando de la lámpara bajo la triste luz,
tu sombra que se alarga, y evoca mi existencia,
y alcanza los serenos contornos de la cruz.

YO, A MI CUERPO

¿POR qué no te he de amar, cuerpo en que vivo?
¿por qué, con humildad, no he de quererte
si en ti fui niño y joven y en ti arriba
viejo a las tristes playas de la muerte?

Tu pecho ha sollozado compasivo
por mí en los rudos golpes de mi suerte;
ha jadeado con mi sed y altivo
con mi ambición latió, cuando era fuerte.

Hoy te rindes al fin, pobre materia,
extenuada de angustia y de miseria.
¿Por qué no te he de amar? ¿Qué seré el día
que tú dejes de ser? Profundo arcano.
Sólo sé que en tus hombros hice mía
mi cruz, mi parte en el dolor humano.

COMO LAS OLAS

SON nuestras vidas
como las olas: afán y espumas.
Las olas nacen diciendo: ahora,
y pronto mueren diciendo: nunca.

EL HUMILDE SENDERO

NUNCA aspiré a la gloria, ni me atrajo
de la fama el estruendo,
ni soñé que mi nombre
pueda en su bibro recoger el tiempo.
De esa ambición mi corazón no sabe...
Pero cuando contemplo
por la noche, del campo en el retiro,
el humilde sendero
que hollaron pobres pies que ya descansan,
borrado en parte, que blanquea a trechos
a la luz de la luna y que condujo
a un apartado lugar, ahora desierto,
mi terrenal raíz se reverdece
y acaso a veces pienso
con humana emoción: Así quisiera
que en la tierra quedara mi recuerdo...

DOMINGO RIVERO

SEMBLANZA DE DOMINGO RIVERO

BAJO una aparente frialdad pocos hombres hemos conocido tan afectivos como don Domingo Rivero González. Los años y las decepciones al cruzar el camino de la vida, que para él tuvo flores y espinas, blanquearon su cabeza; pero no apagaron la luz ni extinguieron el calor de su espíritu. Viajero en las jornadas de la existencia, conoció días plácidos y alegres y horas amargas y borrascosas y pudo llegar a la vejez erguido, sin doblarse ante la furia de los vientos adversos. Fue rico y murió pobre. Con frecuencia parecía ante la gente ensimismado, silencioso, hermético; pero cuando en la intimidad abría su corazón, su palabra reposada como su pensamiento, rebosaba ternura y sinceridad.

Hablaba poco, pero observábalo todo. Nada se escapaba a su sagaz observación. En el país atlántico se da el tipo de los hombres callados, de pocas palabras y de agudo entendimiento, a quienes se les habla y parece que no se enteran cuando realmente se están enterando de todo. Un gran silencioso fue don Benito Pérez Galdós. Don Domingo Rivero amaba el silencio y se le veía solo, aislado, meditando en los lugares que él frecuentaba. Y callado, modesto y sencillo se hundió en el impenetrable misterio, sin que la mayoría de los que a su lado pasaban conocieran sus méritos. Unamuno le conoció y pudo apreciar lo que valía las veces que visitó estas islas. Tomás Morales dedicóle inspirados versos, a los cuales correspondió don Domingo Rivero con magníficas estrofas. Gon-

zález Díaz, Millares Cubas, Angel Guerra y Fray Lesco también saben el valor que representaba en la literatura y Valbuena Prat, en su interesante estudio sobre poetas canarios, rindióle homenaje.

Pasó don Domingo Rivero parte de su juventud fuera de Canarias, en la Península española y en el extranjero. Estudió la carrera de abogado y en esta Audiencia territorial obtuvo plaza de relator por oposición. Andando el tiempo ocupó la Secretaría de Gobierno del superior organismo judicial hasta que fue jubilado. Don Domingo Rivero era por sus gustos, por sus aficiones, por su carácter, por su sensibilidad, lo más opuesto que puede concebirse a los procedimientos y prácticas curiales. Sin embargo se resignó a vivir largos años, como prisionero, en un ambiente donde su espíritu se asfixiaba. Es fama que desempeñó su cargo oficial con indiscutible rectitud y competencia. El poeta sabía navegar sin perderse en el revuelto océano del papel de oficio. En cierta ocasión le oímos decir a un notable letrado que don Domingo Rivero se creaba él mismo las dificultades para luego entretenerse en vencerlas; y las vencía con su gran talento. Buscaba y encontraba múltiples aspectos a las cosas, examinándolas minuciosa y pacientemente. No era hombre que se daba prisa por nada. Con lentitud, a paso calmoso, sin apresuramientos ni precipitaciones llegaba lejos, adonde se proponía llegar, sin fatiga y victorioso. *Quien va piano va lontano*. Gustábale hacer frases humorísticas y dedicar versos a personas humildes, sin relieve intelectual, con motivos tristes o alegres. Decía que la voluptuosidad del ocio era tener mucho que hacer y no hacer nada. Viéndole andar por las calles sereno, grave, sosegado, despacio, como un sonámbulo, daba la impresión de que nunca tenía prisa. Hablaba en voz baja, con sordina. Se aislaba voluntariamente para estar solo con su pensamiento. Atraíale el espectáculo del mar, y

acostumbraba a contemplarlo por las tardes desde el muelle. Su espíritu se deleitaba también en el campo, entre árboles y cultivos.

Don Domingo Rivero tenía una rica vida interior y se complacía en mirar hacia dentro, en hacer análisis introspectivos, sin perder de vista el mundo exterior, lo que le rodeaba. Las poesías más sentidas que de él conocemos fueron inspiradas por los dolores, tristezas y azares de su vida y por el amor a sus hijos. En esas poesías, hondamente subjetivas, vertía, aquíladas por el arte, toda la ternura de su corazón. Es el poeta de la emoción humana que impregna, satura y domina toda su obra.

Nosotros le tratamos ya en edad avanzada. Alto, seco, de barba blanca y sombrero ladeado sobre la sien. Era una figura muy característica, de inconfundible traza dentro del marco local. Fue muy isleño, amante de las costumbres, de los usos, de los espectáculos típicos. La lucha canaria y las riñas de gallos le interesaban extraordinariamente. El labrador indígena, tan laborioso como inteligente, a cuyo esfuerzo se debe el próspero desarrollo de la agricultura insular, le despertaba vivas simpatías. Estos sentimientos se traducían en hermosos versos.

No era un improvisador. Cuidaba el estilo sin descuidar el fondo. Labraba el verso con calma, lentamente, como un lapidario labra la piedra, como un artista trabaja la joya y le salía con una rara perfección de forma, y en el fondo una honda emoción que contagiaba al lector. Tenía el sistema de componer sus poemas mentalmente —así se explican sus prolongados silencios meditativos— y luego los escribía con lápiz, porque, decía sonriente, era más fácil de borrar. Su preocupación era la forma definitiva, aquella que había de expresar con más claridad, elegancia, belleza y emoción la idea. Hacía y deshacía y rehacía los versos obsesionado por un ideal de perfección que se

escapa a la obra humana. Que nosotros sepamos no escribió mucho y publicó poco. Era avaro de sus versos en cuanto a darlos a la publicidad. Los leía o recitaba a sus deudos y amigos de confianza. No conocemos ningún poema largo de don Domingo Rivero; sus composiciones son breves, concentradas, intensas, de bella expresión y sugestivo pensamiento. Tenía su manera personal, su estilo de poeta. Con fino ingenio solía escribir versos festivos y humorísticos exclusivamente para el corro íntimo de su familia y amistades. Reiteradas veces invitamos a don Domingo a publicar sus versos y nos contestaba invariablemente que a su edad quería conservarse poeta inédito. Sentía horror, verdadero horror, a las erratas y cuando, venciendo su natural resistencia, se decidía a entregar alguna composición poética para publicarla en la prensa local recomendaba la más escrupulosa corrección. Nosotros conservamos algunos originales que en propia mano nos entregó de los últimos versos que publicó, con el encargo de corregirlos a conciencia, pues las erratas no las olvidaba ni las perdonaba. ¡Tal era su escrupulosidad en todo!

Tributo merecido a su memoria sería dar a la estampa un volumen con los poemas de don Domingo Rivero. Tiene composiciones de antología por el pensamiento, por la forma, por las imágenes, por la emoción, por el engarce rítmico de las palabras que acertaba a elegir con admirable conocimiento del idioma y gusto depurado de artista. El mismo era su más severo y exigente crítico. Sus autocríticas eran inexorables. Se atenia al precepto clásico: *escribía, guardaba y corregía paciente-mente*. Pocas veces se mostraba satisfecho de lo que producía. En cambio era excesivamente benévolo con los poetas de las nuevas generaciones literarias. Que escriban —decía— que ya quedará lo que deba quedar. Aunque vaciaba sus ideas y sentimientos en moldes consagrados, no repudiaba ni mucho me-

nos las innovaciones de la nueva, y aún de la novísima poesía lírica.

Prosa, aparte la curialesca, no conocemos de don Domingo Rivero, y es lástima que no quedara nada de él como crítico. Sus juicios verbales, en caliente, sobre obras teatrales, eran certeros y sus análisis tan agudos que producía sorpresa y admiración verle descubrir bellezas y señalar defectos. ¡Qué visión tan clara y penetrante tenía cuando hacía crítica literaria! Entusiasta enamorado del teatro, conocía desde los griegos hasta los autores contemporáneos, españoles y extranjeros.

Tuvo ocasión de admirar el arte de insignes artistas dramáticos de su época. Era hombre de sólida cultura y la tradición helénica ejercía sobre él mágico poder de sugestión.

Rasgo distintivo de la fisonomía moral de don Domingo Rivero era la generosidad. Puede decirse que fue la bondad personificada. Se acercaba a los humildes, a los desheredados y repartía limosnas a su paso por las calles. Era hombre de principios liberales y amplia comprensión humana. De su nobleza espiritual y de su trato afable conservamos un recuerdo inolvidable. ¡Cuántas veces nos deleitó recitándonos sus versos y captó nuestro interés discurriendo sobre temas teatrales y problemas políticos y sociales!

La enfermedad y la muerte prematura de su hijo Juan, aquel incomparable Juanito Rivero, que tanto se parecía espiritualmente a su padre, martirizó los postreros años de la vida de don Domingo, quien ya en las conversaciones particulares no derrochaba, como en tiempos anteriores, ironía y humorismo fino, sano, sin virulencias. Sus dolores, sus tristezas, sus desengaños los convertía en versos, y así desahogaba su corazón lacerado. El corazón de don Domingo Rivero late en sus versos tan sinceros, tan bellos y tan sentidos.

JORDÉ

AUN TAÑE LA CAMPANA

(...nació en Arucas, en 1852)

AUNQUE en distinta cosecha,
fue un mismo surco
tu cuna y mi cuna
cuando sembraron nuestras vidas sobre el barro.
Por eso, al encontrarte en el camino,
he reconocido en tu voz
laborar de paciente labriego,
crudo olor de tierra bien regada,
ritmo de sosegadas yuntas
hechos luz, sangre, acento, dolor
en la palabra.
Junto al surco, tu ermita
perdida, la triste sombra del campanario
señalando el humilde sendero.
Y me susurras quedamente tus versos
al oído; me dices tu afán
de ser trigo enterrado,
nombre y recuerdo.
Pero es justicia de la tierra
que el grano que pudre en su entraña
rompa en plena espiga.
Por eso es mi gozo,
por eso grito tu cosecha,

grano fecundo de mi surco.

Aún tañe la campana aquella
en donde el ideal, tu verso, vibra.

FERNANDO RAMIREZ

CUERPO EN QUE VIVO

(DOMINGO RIVERO)

A VECES me detengo,
ya en mitad de la vida.
Rozo la soledad.

Me aterra
la pavorosa soledad de ti,
este abandono en que me tienes, Dios,
porque son muchos años
esperándote en vano,
aguardando en las tardes del Otoño
que vengas a mi lado
a hacerme compañía.

Son muchos años para nada,
creciendo en la esperanza y en la angustia,
para la muerte que vendrá a reclamarme
su herencia.

Muchos años andando este camino,
enredado el cabello en estos álamos,
gritándote que vengas
a convertirme en música.

Y tú sigues allá, en tu azul insólito,
respirando el azul inalcanzable,

olvidado de mí, tu pobre amante.
Y yo hubiese querido
que tú me visitaras,
ahora que un río cálido me circula por dentro,
que todavía es posible mirarnos con ternura.

Y yo hubiese querido
que vinieras a mí,
que me tuvieras cerca y me tocaras
con tus manos los hombros,
la frente, me pasaras
las manos con amor por las caderas,
comprobando el sudor, la fiebre, el pulso,
mi sufrimiento y mi alegría;
que me amaras de cerca,
que me amaras también humanamente:
con un poco de amor y un poco de odio,
y mucho de piedad, como nosotros
los hombres nos amamos...

Así cuando me llegue el duro día
en que la muerte me reparta
en aroma y arcilla,
comprenderías mejor lo que yo fui,
lo que fueron mis ojos,
mi corazón, mis órganos amando;
sabrías que no sólo tuve un alma,
sino un cuerpo viviendo en un mar de avideces,

inclinado a la tierra
lo mismo que hace el trigo maduro en la gloria de junio.

No nos veremos nunca aquí, sobre esta roca,
aquí, donde pensaba que sería más fácil
explicártelo todo, y alzar tu comprensión
hasta el vaso colmado de mi dolor de hombre,
irremediablemente lejos
del amor verdadero.

No nos veremos nunca aquí.
Ni nunca me amarás como yo deseaba,
porque cuando me veas
ya la muerte me habrá robado aquella
sola disculpa de mi vida,
la clave de mi ser: mi pobre cuerpo...

ARTURO MACCANTI

T A F I R A

A Domingo Rivero

SOLEDAD, el tráfago. Lento paso
camino. Ahora sé, recuerdo haber
nacido aquí. Mi pueblo. Tarde en tarde
vienes, días enteros se recogen,

cantas. Pasan hombres, recuerdan justo,
me señalan: silencio había. Hácese
lejano el mar, luces brillan, parece
nacer tu verso. Noche tocan, plaza

me trae la brisa, viento abajo va.
Enorme claustro Hoya Parrado. Miro
como tú: desterrados, hombres mueren

inocentes. Domingo, al otro lado,
por otra loma, crecen vides, vas
lentamente subiendo, te reconozco.

ALFONSO O'SHANAHAN

DOMINGO RIVERO

CRUZASTE La Plazuela —sin tertulia, vacía—
(daba el sol de las once), bajaste lentamente
la calle Lentini, tan absorto. El aire abría
las palmeras. El mar al fondo, calmo, bullente.

Humos altos pintados en el azul del cielo.
La nave el alma. Barcos que abandonan el puerto
de la luz; albas gaviotas giran por el vuelo
del corazón, en la fe toda, en el amor cierto.

Tañe Vegueta. Sobre las calles se derrama
el son lento, oran las sombras de silencio antiguo.
Contigo de camino; severamente clama

tu justa furia mansa, tu voz en paz. Hermano
mayor de la medida, yo creo en ti, atestigo
tu profunda ley: mi parte en el dolor humano.

MANUEL PADORNO

JORNADA DE DON DOMINGO

LA luz busca acomodo por este aire
que eleva en sus giros la gaviota.
La mar, baja, perdida. Amanece.
Tutelar tranquilidad se desgrana
desde la Catedral fijando el perfil
adusto de las casas blasonadas
en el día que se presiente total.
Su lento paso en las aceras de Vegueta.
Va hacia San Agustín. Solo.
Prende su cuerpo al silencio; larga
silueta negra coronada de blanca barba.
Con leve gesto saluda y, pausado,
llega. Su oficina da al mar que sube
en generosa conjunción con la orilla.
Rompe ya junto al muro del antiguo
convento. Y le penetra, le lleva
por los corredores del caserón;
de nuevo por la calle de Doctor Chil,
hasta su casa. El aire salobre,
la brisa de la tarde oscurecida
dando en su recia barba blanca. Marcha,
breve el andar y se reune con
los de siempre. El mar lo ocupa todo.
Se mecen los barcos al calor del muelle.
Voltean los alcaravanes entre

los aparejos de aquellos pesqueros
arribados esta mañana. Viaja
el corazón, recorre ambiciosas
singladuras. El hombre sigue en silencio.
Atraviesa por el pensamiento hasta
su hijo Juan. Se despide. Para
olvidar la tristeza camina, retira
sus pasos a las sombras que dicen
la noche, con las primeras luces
de Triana. Gime la pesada tea,
se cierra el portalón. Oscuro.

JORGE RODRIGUEZ PADRON

de tus deudos. Así
nuestra hambre de ti no saciamos sino con gran esfuerzo
de comprensión, amando ávidamente
el menor verso tuyo conocido.

Pero, a pesar de todo, abuelo,
persiste tu corazón en nosotros con firme latir,
y somos fieles a tu espíritu,
al alto ejemplo de tu vida
poderosa y semejante al árbol,
que si doblega sus ramas a la tempestad, cuando ésta pasa
vuelve a erguir las más hermosas, más
fuertes y limpias
que antes.

LAZARO SANTANA

INDICE

Angel Valbuena Prat:	
<i>Domingo Rivero</i>	9
Lázaro Santana:	
<i>Noticia de Domingo Rivero</i>	11
Domingo Rivero:	
<i>Antología</i>	19
Jordé:	
<i>Semblanza de Domingo Rivero</i>	30
Fernando Ramírez:	
<i>Aún tañe la campaña</i>	44
Arturo Maccanti:	
<i>Cuerpo en que vivo</i>	46
Alfonso O'shanahan:	
<i>Tafira</i>	49
Manuel Padorno:	
<i>Domingo Rivero</i>	50
Jorge Rodríguez Padrón:	
<i>Jornada de Don Domingo</i>	51
Lázaro Santana:	
<i>Pero, a pesar de todo, abuelo</i>	53

Retrato de Domingo Rivero, por Antonio Padrón.

TAGORO

colección de *poesía*, narración y ensayo

Ha publicado:

- 1 Saulo Torón: *Frente al muro*
- 2 Antonio Murciano: *Nuevo cuaderno de Navidad*
- 3 Fernando Ramírez: *Mar que yace*
- 4 Agustín Millares: *Nuevas escrituras*
- 5 Mario Angel Marrodán: *Textos líricos*
- 6 Pedro Lezcano: *El pescador*
- 7 Lázaro Santana: *Noticia de un amor*
- 8 Pino Ojeda: *La piedra sobre la colina*
- 9 Chona Madera: *La voz que me desvela*
- 10 Alonso Quesada: *Poesía*, (Número extra)
- 11 Juan Marrero Bosch: *Juanito Torres*
- 12 Ramón de Garciasol: *Herido ver*
- 13 Fernando Ramírez: *La piedra y el recuerdo*
- 14 Antonio G. Ysábal: *La soledad y el amor*
- 15 Juan Jiménez: *La canción necesaria con María C.*
- 16 Varios: *Homenaje a Domingo Rivero*

En prensa:

- 17 José Batlló: *La mesa puesta*

En preparación:

Manuel Glez. Barrera: *Afirmación y acercamiento de mi isla*

Josefina de la Torre: *Marzo incompleto*

José M.^a Millares Sall: *Origen del humo*

Domingo Velázquez: *Los caminos del hombre*



*Esta primera edición de «Homenaje a Domingo Rivero»
cuaderno 16 de la colección Tagoro,
se acabó de imprimir en la
Imprenta Lezcano, el día 5 de Agosto
del año de 1966.*

T A G O R O

SUSCRIPTORES DE HONOR

1. *Fernando Ramírez*
2. *Lázaro Santana*
3. *Excmo. Sr. D. Matías Vega Guerra*
4. *Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia*
5. *Ilmo. Sr. D. Federico Díaz Bertrana*
6. *D. Jesús Gómez Rodríguez*
7. *D. Isidro Miranda Millares.*
8. *D. Manuel González Sosa*
9. *D. Francisco Aznar Sanz*
10. *D. Manuel Hernández Suárez*
11. *D. Antonio Padrón*
12. *D. José M.^a García Panasco*
13. *Srta. Soledad Lagos*

Condiciones de suscripción:

corriente (3 vols.) 80 pesetas

de honor (3 vols.) 150 pesetas

Los ejemplares con destino a los suscriptores de honor llevarán en la primera página una dedicatoria autógrafa del poeta.

Precio de venta en librerías:

* Volumen normal (40 págs.) 35 Pesetas

** Volumen doble (80 págs.) 60 Pesetas

A. VALBUENA PRAT

LAZARO SANTANA

DOMINGO RIVERO

JORDE

FERNANDO RAMIREZ

ARTURO MACCANTI

ALFONSO O'SHANAHAN

MANUEL PADORNO

J. RODRIGUEZ PADRON

ANTONIO PADRON

DOMINGO RIVERO

(1852 - 1929)

Treinta y siete años después de la muerte de Domingo Rivero se recogen, por vez primera en libro, una selección de sus poemas más logrados con objeto de hacerlos asequible a un público amplio de lectores que, hasta ahora, sólo vagas referencias tenía de la vida y la obra del poeta. Aunque no es esta la aguardada edición de sus poesías completas, podrá encontrarse aquí una muestra de ella, suficiente para permitirnos razonar nuestro aprecio por Rivero y situar a éste en el lugar que le corresponde en la historia de la poesía en Canarias. Diversos estudios críticos y un homenaje lírico de jóvenes poetas canarios completan el volumen.